El vino de que los justos mueren y van al cielo

María, Juan, Pedro, Pablo, etc., todos los que sufrieron la muerte primera están en el sepulcro.

CS pg. 601/1 (534.1) – "La teología de moda presenta a los justos que fallecen como si estuvieran en el cielo gozando de la bienaventuranza y loando a Dios con lenguas inmortales, pero Ezequías no veía tan gloriosa perspectiva en la muerte. Sus palabras concuerdan con el testimonio del salmista:

'Porque en la muerte no hay memoria de ti: ¿Quién te loará en el sepulcro?' (Salmos 6:5)

'No son los muertos los que alaban a Jehová, ni todos los que bajan al silencio.' (Salmos 115:17)

En el día de Pentecostés, San Pedro declaró que el patriarca David 'murió, y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy.' 'Porque David **no subió a los cielos**' (Hechos 2:29, 34).

El hecho de que David permanecerá en el sepulcro hasta el día de la resurrección, prueba que **los justos no van al cielo cuando mueren**. Es solo mediante la resurrección, y en virtud y como consecuencia de la resurrección de Cristo por lo cual David podrá finalmente sentarse a la diestra de Dios.

Y San Pablo dice: 'Si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana: aun estáis en vuestros pecados. Entonces también los que murieron en Cristo perecieron.' (1 Corintios 15:16-18).

Si desde hace cuatro mil años los justos al morir hubiesen ido directamente al cielo, ¿cómo habría podido decir San Pablo que si no hay resurrección, 'también los que murieron en Cristo, perecieron'? **No habría necesidad de resurrección**.

El mártir Tyndale, refiriéndose al estado de los muertos, declaró: 'Confieso francamente que no estoy convencido de que ellos gocen ya de la plenitud de gloria en que se encuentran Dios y los ángeles elegidos. Ni es tampoco artículo de mi fe; pues si así fuera, entonces no puedo menos que ver que **sería vana la predicación de la resurrección** de la carne' (W. Tyndale, en el prólogo de su traducción del Nuevo Testamento, reimpreso en British Reformers: Tindal, Frith, Barnes, p. 349).

Es un hecho incontestable que la esperanza de pasar al morir a la felicidad eterna ha llevado a **un descuido general de la doctrina bíblica de la resurrección**.

Esta tendencia ha sido notada por el Dr. Adam Clarke, quien escribió: '¡La doctrina de la resurrección parece haber sido mirada por los cristianos como si tuviera una importancia mucho mayor que la que se le concede hoy! ¿Cómo es eso? Los apóstoles insistían siempre en ella y por medio de ella incitaban a los discípulos de Cristo a que fuesen diligentes, obedientes y de buen ánimo. Pero sus sucesores actuales casi nunca la mencionan. Tal la predicación de los apóstoles, y tal la fe de los primitivos

cristianos; tal nuestra predicación y tal la fe de los que nos escuchan. No hay doctrina en la que el evangelio insista más; y no hay doctrina que la predicación de nuestros días trate con mayor descuido' (Commentary on the New Testament, tomo II, comentario general de 1 Corintios 15, p. 3).

Y así siguieron las cosas hasta resultar en que la gloriosa verdad de la resurrección quedó casi completamente oscurecida y perdida de vista por el mundo cristiano. Es así que un escritor religioso autorizado, comentando las palabras de San Pablo en 1 Tesalonicenses 4:13-18, dice: 'Para todos los fines prácticos de consuelo, **la doctrina de la inmortalidad bienaventurada de los justos reemplaza para nosotros cualquier doctrina dudosa de la segunda venida del Señor**. Cuando morimos es cuando el Señor viene a buscarnos. Eso es lo que tenemos que esperar y para lo que debemos estar precavidos. Los muertos ya han entrado en la gloria. Ellos no esperan el sonido de la trompeta para comparecer en juicio y entrar en la bienaventuranza.'

Pero cuando Jesús estaba a punto de dejar a sus discípulos, no les dijo que irían pronto a reunírsele. 'Voy a prepararos el lugar—les dijo—. Y si yo fuere y os preparare el lugar, vendré otra vez, y os recibiré conmigo.' (Juan 14:2, 3).

Y San Pablo nos dice además que 'el mismo Señor con aclamación, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y **los muertos en Cristo resucitarán primero**: luego nosotros, los que vivimos, los que quedamos, juntamente con ellos seremos arrebatados en las nubes a recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor'. Y agrega: 'Por tanto, consolaos los unos a los otros en estas palabras' (1 Tesalonicenses 4:16-18).

¡Cuán grande es el contraste entre estas palabras de consuelo y las del ministro universalista citadas anteriormente! Este último consolaba a los amigos en duelo con la seguridad de que por pecaminoso que hubiese sido el fallecido, apenas hubo exhalado su último suspiro, debió ser recibido entre los ángeles. San Pablo recuerda a sus hermanos la futura venida del Señor, cuando las losas de las tumbas serán rotas y 'los muertos en Cristo' **resucitarán** para la vida eterna.

Antes de entrar en la mansión de los bienaventurados, todos deben ser examinados respecto a su vida; su carácter y sus actos deben ser revisados por Dios. Todos deben ser juzgados con arreglo a lo escrito en los libros y recompensados según hayan sido sus obras. Este juicio no se verifica en el momento de la muerte. Notad las palabras de San Pablo: 'Por cuanto **ha establecido un día**, en el cual ha de juzgar al mundo con justicia, por aquel varón al cual determinó; dando fe a todos con haberle levantado de los muertos' (Hechos 17:31). El apóstol enseña aquí lisa y llanamente que cierto momento, entonces por venir, había sido fijado para **el juicio del mundo**.

San Juan declara que vio 'a los muertos, pequeños y grandes, estar en pie delante del trono; y abriéronse los libros; [...] y los muertos fueron juzgados de acuerdo con las cosas escritas en los libros' (Apocalipsis 20:12).

Pero si los muertos están ya gozando de la bienaventuranza del cielo o están retorciéndose en las llamas del infierno, **¿qué necesidad hay de un juicio venidero?**

Las enseñanzas de la Palabra de Dios respecto a estos importantes puntos no son oscuras ni contradictorias; **una inteligencia mediana puede entenderlas**. ¿Pero qué espíritu imparcial puede encontrar sabiduría o justicia en la teoría corriente? ¿Recibirán acaso los justos después del examen de sus vidas en el día del juicio, esta alabanza: '¡muy bien, siervo bueno y fiel, [...] entra en el gozo de tu Señor!' cuando ya habrán estado habitando con él tal vez durante siglos? ¿Se sacará a los malos del lugar de tormento para hacerles oír la siguiente sentencia del juez de toda la tierra: '¡Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno!'? (Mateo 25:21, 4).

¡Burla solemne! ¡Vergonzosa ofensa inferida a la sabiduría y justicia de Dios!"

La muerte segunda sí hace diferencia entre el creyente y el no creyente, y es una muerte total y eterna del ser humano como un ser integral: